

CUARTO DOMINGO DE OCTUBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
958

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

Dom.	28	23.º Después de Pentecostés. <i>Fiesta de Cristo Rey.</i> Santos Frumencio y Gaudioso obs.	Miérc.	31	San Nemesio, Urbano y Narciso mártires, Antonino y Wolfango obispos.
Lun.	29	San Narciso y Donato obispos. Teodoro abad, Jacinto y Feliciano mártires.	Juev.	1	† <i>Fiesta de todos los Santos.</i> Stos. Cesáreo y Benigno pbro. Severiano monje. <i>Fiesta de precepto.</i>
Mart.	30	Stos. Serapión y Germán obs. Claudio, Lupercio y Victorio mártires. Cuarto menguante a las 2 h. 22 m.	Viern.	2	Conmemoración de los Fieles Difuntos. Santos mrs. Publio, Víctor y Eustaquia.
			Sáb.	3	Santa Silvia y Wenefrida mrs., y los innumerables mártires de Zaragoza.

Domingo XXIII después de Pentecostés

Evangelio según San Mateo. (Cap. IX).

En aquel tiempo estando Jesús hablando a las turbas, llegó un hombre principal o jefe de sinagoga, y adorándole, le dijo: Señor, una hija mía se acaba de morir; pero ven, impón tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose Jesús, le iba siguiendo con sus discípulos, cuando he aquí que una mujer que hacía ya doce años que padecía un flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido. Porque decía ella entre sí; con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. Mas volviéndose Jesús y mirándola, dijo: Hija, ten confianza; tu fe te ha curado. En efecto, desde aquel punto quedó curada la mujer. Venido Jesús a la casa de aquel hombre principal, y viendo a los tañedores de flautas, (o música fúnebre), y el alboroto de la gente, decía: Retiráos, pues no está muerta la niña, sino dormida. Y hacían burla de El. Mas echada fuera la gente, entró, la tomó de la mano, y la niña se levantó, y divulgóse aquel suceso por todo aquel país.

EXPLICACION LITERAL

El milagro de las bodas de Caná aparecía entre ellos; todos cuantos había despertado el entusiasmo de lo supieron, unían la señal prodigiosa con la gallarda actitud del los galileos por el nuevo Profeta que

Joven galileo al levantarse poco hacía en plena Sinagoga, y comentar el pasaje de Isafas que, como al acaso, encontrara al abrir el libro santo, y declarando sin ambages que cuanto allí se anunciaba del Mesías, se cumplía ante ellos y en su propia persona. El entusiasmo popular y el ansia de reivindicaciones nacionales se condensaba así en torno de Jesús, y de todas partes comenzaban a llegar peregrinos por verlo o por presenciar nuevos prodigios. Así se explica que tan al principio de la vida pública del Salvador se encadenaran los milagros como acabamos de oír relatar en el texto sagrado de hoy.

Pocos días habían pasado desde la maravillosa conversión del agua en vino, cuando llega, ante el Divino Maestro, el jefe de la Sinagoga llamado Jairo, pidiéndole, acongojado, que vaya sin tardanza a su casa, pues en ella ha dejado una hija suya moribunda. Ante el apremiante ruego del padre, Jesús se conmueve y pónese en camino acompañado por una muchedumbre siempre creciente que apenas le deja avanzar. Presiente la proximidad del milagro y todos desean verlo con sus ojos. Pero Jesús parece no tener tanta prisa en llegar a tiempo de sanar la jovencita; un incidente pondrá a prueba la angustia del desgraciado padre; revuelta entre la multitud, y calculando bien que los mismos vaivenes de la gente la llevarían hasta el Maestro sin ser notada, anda una pobre mujer agotada por el flujo de sangre que padecía y contra el cual había sido inútil la ciencia de los médicos, y la fortuna que por curarse había ella derrochado. Decía en su corazón «si logro tocar siquiera sea la orla de su vestido, quedaré sana». A nadie podía declarar su mal públicamente: era una especie de maldición legal que la hacía indigna de la sociedad de sus hermanos en religión; quedábale únicamente el recurso de la omnipotencia del nuevo Profeta, y su esperanza no la engañó: en cuanto logró tocar la borlita que pendía de la túnica de Jesús, sintióse completamente libre de su terrible mal. Pero

Jesús estaba en las intimidades de aquella alma creyente y leal; deténese, y, como habéis visto, obtiene de la Hemorroísa, ya sana, la confesión pública del beneficio recibido, alaba su fe mucho más segura que la de Jairo, mientras éste sufre lo indecible ante la posibilidad de que el divino Médico llegue tarde, según sus cuentas, ante el lecho de su hija. ¿Por qué permitía Jesucristo estas tardanzas y el sufrimiento del desgraciado padre? El anuncio de la muerte no se hizo esperar: los criados de Jairo se adelantan a su llegada y se atreven a insinuarle que haga volver al Maestro, pues ya era tarde; limitaban el poder de Jesús al de un vulgar médico que necesitaba ver al enfermo para curarlo.

Pero Jesús dió lugar intencionalmente al mal para que llegase al extremo, y a la muerte, para que se cebara en su víctima; era la primera vez que la vida y la muerte iban a encontrarse y demostrar que la muerte sería vencida. Nadie pidió a Jesús que siguiera avanzando, al contrario, considerándolo inútil, lo daban todo por perdido; pero Jesús avanza: manda con plena autoridad a la multitud que lo dejen solo con tres de sus discípulos, y en compañía del padre y de la madre de la muerta, entra en la estancia fúnebre de la que manda salir, lo mismo que de la casa, a las lloronas y a los tañedores de flautas, que no serían pocos, dada la importancia del dueño de la casa y la grandeza del dolor que sufría... Y... se produce el milagro; Jesús habla sencillamente al cadáver, llama a la muchacha dulcemente, la despierta de la muerte como de un sueño, la entrega a sus padres, y hurta enseguida el cuerpo a las aclamaciones de la muchedumbre agolpada ante la casa, esquivo su encuentro y gana la orilla del mar trasponiéndolo en una barquilla. Era preciso dar tiempo a su obra y no precipitar los acontecimientos antes de que llegara la hora de Dios.

SILUETAS SEMANALES

HECHOS TRISTES Y HECHOS CONSOLADORES (De actualidad)

Agita violentamente al mundo una ola de crimen e inmoralidad, intentando, si le fuere posible trastornar, toda la economía de orden y justicia que sostiene como base la sociedad.

Las inteligencias desviadas, los corazones pervertidos, los enfermos de espíritu y cuantos desean sacudir de sus espaldas el yugo de toda autoridad, afluyen, de todas las encrucijadas mundiales a engrosar esa ola de odio, de crimen y revolución que cristaliza en los hechos tristes de actualidad que al tener noticia de ellos nos dejan helada la sangre y en triste consternación nuestro espíritu.

Sintomáticos, son, los tristes sucesos de estos días: El execrable asesinato político-social del gran Canciller católico de Austria, Dollfus; el crimen del rey de Yugoslavia, Alejandro; caído bajo el arma alevosa de un miserable desequilibrado, comprometiendo el equilibrio de las naciones y la paz mundial; el levantamiento en armas de los socialistas-marxistas españoles con la guerra civil y el derramamiento inútil e infructuoso de tanta sangre con los centenares de tantas víctimas, miserablemente engañadas, de la clase obrera, por los jefes del movimiento anarcosindicalista y esto no por otros móviles si no por el desquite de no poder ya gobernar y por el miedo de que los elementos del orden, las derechas, se vean obligadas a tomar las riendas del Estado haciendo que renazcan el orden, la moralidad y la equidad social. Estas son las tristes realidades altamente significativas de nuestros días.

VIVA CRISTO REY

El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, por quien existen y se gobiernan, al asumir en inefable consorcio la naturaleza humana en unidad de su persona divina, o sea por aquella unión hipostática, apareció en el tiempo hecho Hombre-Dios verdadero, rigiendo, gobernando y dirigiendo todas aquellas cosas que hizo en el principio, con aquellos títulos propios suyos de Creador y Soberano Señor de todo lo creado.

Pero dichosamente se vislumbran también en el horizonte, los rayos brillantes y esperanzadores de una reacción salvadora que llena los corazones de la multitud sana con otros hechos que se han vivido y sentido.

El plan social-católico que rige y se desarrolla en la nación austriaca, herencia que el Gobierno sucesor del Canciller, mártir de la patria y de la religión, ha implantado, siendo una esperanza para la desgraciada patria, digna de mejor suerte y que a no tardar por los frutos que se esperan de orden y de paz al mismo tiempo que de prosperidad económico-social, podrá ser espejo para otros países.

El grandioso éxito del Congreso Eucarístico de Buenos Aires, celebrado bajo la presidencia del Delegado Pontificio y con asistencia de más de un millón de creyentes, con la luz, las doctrinas y resoluciones que de allí han irradiado a todo el mundo, doctrinas de amor, orientaciones de vida sobrenatural, notas claras y bien afinadas de paz y una perfecta armonía entre los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los patronos y los obreros, son síntomas hermosamente consoladores que se prestan a esperanzas halagadoras.

Ojalá! que estos últimos acontecimientos con su espiritualidad e ideología ahoguen y culminen el río de iniquidad de los primeros que hemos anotado, haciendo que el ángel de blancas alas con su ramo de olivo de amor y paz universal se cierne y repose sobre nuestra afligida sociedad.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

Al asumir el Verbo la naturaleza humana, Dios bajó hasta el hombre para que el hombre subiera hasta Dios. Hizo suyos a todos los hombres desde Adán hasta el último que viva sobre la tierra. Jesucristo, por este hecho, adquirió sobre todos los hombres un título de Rey soberano, porque en su persona ha divinizado la naturaleza humana haciéndola acreedora a merecimientos que por sí sola jamás podía alcanzar. El Hijo de Dios se revistió de la naturaleza

humana para hacerse visible y tangible a los hombres, para alimentarlos con su preciosísima carne y sangre; para hablarles en el lenguaje de los hombres, el lenguaje, por decirlo así, el lenguaje de Dios. También Jesucristo se hizo Hombre para poder juzgar a los hombres con plenos derechos y prerrogativas y realezas de Rey soberano de los hombres, por quienes padeció y murió y a quienes abrió las puertas de la gloria.

Tiene, pues, Jesucristo, todas las prerrogativas y títulos de Rey humano y divino, Rey eterno y universal, Rey de todo lo creado.

En las promesas Mesianicas se anuncia a cada paso la realeza del Mesías prometido, y el dominio que había de ejercer sobre todas las naciones de la tierra, así como sobre todos los estados y poderes de los hombres públicos y privados, por eso la Sabiduría divina dice: *Por mí reinan los reyes y los legisladores decretan lo justo; y sobre su manto de Rey tiene escrito este lema: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES, (Apoc. 19, II 16)*

Jesucristo, por el mismo hecho, es dueño y Señor de todas las naciones de la tierra, así lo prueba el Salmista: *Y yo he establecido mi Rey sobre Sión, mi Santo Monte. Tú eres mi Hijo. Yo hoy te he engendrado. Pídemelo y te daré las naciones en herencia; y en posesión los confines de la tierra.*

Ahora bien, la generación es título de la herencia, por eso el Salmista habla de aquella herencia que en el tiempo y después, por toda la eternidad, había de poseer Jesucristo, como Hijo natural de Dios, hecho hombre.

Jesucristo es también Rey y Señor de todos los estados, cualquiera que sea su forma de gobierno; debe reinar sobre los príncipes, cuyo gobierno, por ordenación divina, ha de depender de El, *Non est potestas nisi a Deo*; no hay poder legítimo en la tierra que no venga de Dios.

Jesucristo, debe, pues, reinar en todo el hombre, en su vida pública y privada; debe reinar en el templo como en la universidad, en la cá-

tedra como en el parlamento; lejos ya la apostasía oficial de los estados sin Dios; afuera la enseñanza laica, el vergonzoso y cobarde laicismo que ya no encaja en los estados civilizados; es preciso abrirle las puertas de la escuela a *Cristo Rey* para que presida la enseñanza, pues El es dueño absoluto de la mente y de la voluntad de los hombres.

Que Jesucristo presida en los congresos legislando en las leyes que se han de votar para el bien común de los pueblos. Que *Cristo Rey* presida en las judicaturas para la recta administración de la justicia. Que Jesucristo Rey presida en la moral pública y privada de los hombres, para que las costumbres se conformen con la moral del Evangelio de Cristo.

El gobierno de *Cristo Rey* no es político, pero la política y los políticos deben someterse al reino y gobierno de Cristo que es de verdad, de bondad y de verdadera libertad y justicia, que sabe dar a cada uno lo suyo.

Jesucristo reina también de un modo constante en el mundo visible y sideral, conservando en su ser a cada ser; con su Providencia, para que nada le falte a cada ser; con su gobierno, rige las leyes naturales de cada ser.

Jesucristo Rey, reina también en el mundo espiritual; reina en los ángeles que forman su corte, y son sus mensajeros y vasallos inmediatos. reina en las almas del Purgatorio, por la purificación y manteniéndolas resignadas en sus penalidades con aquella esperanza de que pronto gozarán de la gloria de Dios.

Jesucristo reina también en el infierno, atormentando con su poder de justísimo Juez las almas de aquellos que no quisieron guardar su santa ley y que, despreciando su misericordia, murieron impenitentes.

Jesucristo reina de modo especial en su gloria donde le alaban continuamente los ángeles y santos eternamente.

Que Jesucristo, reine, viva e impere en todos los ámbitos y confines de

la tierra, porque es obra de sus manos. Que reine, viva e impere en todos los hombres, y que éstos le conozcan cada día mejor para que le amen, y amándole le sirvan y sirviéndole le gocen eternamente.

Reinad también Señor, en mí, en este indignísimo vasallo y servidor

vuestro para que te sirva siempre con fidelidad hasta el último momento de su vida, te alabe y te bendiga siempre en el tiempo y en la eternidad, a cuya honra, honor y gloria dedica este pobre y pequeño obsequio.

JUAN LEMUS M., Pbro.

SUFRAGIOS Y NO FLORES

En un grabado alemán se ha interpretado la doliente poesía de la noche. Representa el cuarto del campanero de alguna catedral... Se ve a un hombre anciano sentado, con expresión de completo decaimiento y un esqueleto revestido con hábito de peregrino doblando las campanas. Toda la noche el viejo campanero ha hecho doblar a los bronces, y al amanecer ha caído agotado. Entonces la Muerte, peregrina de todos los caminos del mundo, ha subido a la torre y ella es la que sigue recitando, por medio de las campanas, el poema de la muerte y señalando el camino del sepulcro...

La Iglesia en su admirable Litúrgica es la que indica que en el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos se doblen las campanas, para recordar a los vivos que ofrezcan sufragios: Misas, Vía-Crucis, u otras oraciones, para el descanso de las almas de los muertos de aquellos que, tal vez, en el Purgatorio los esperan, para acabar de purificarse y subir más pronto al Cielo.

Muchos se acuerdan, particularmente en este día, de llevar flores a sus tumbas lo que para nada sirven a los que

murieron. Esto no es mas, muchas veces, que una vanidad de los vivos, sea en este día, sea en el día del entierro. Lo que esperan, lo que desean las almas de nuestros antepasados es sufragios, *muchos sufragios y no flores.*

Pues, las flores se marchitan y ningún alivio dan al alma; en cambio los sufragios son un consuelo aún para aquellos que viven, porque les puede caber la satisfacción de que, cual olorosas nubes de incienso suben hacia las alturas y son el bálsamo de consuelo y purificación para aquellas almas que lo necesitan...

«La pompa de los funerales-escribió San Agustín-, la magnificencia del cortejo, el crecido número de los que lo forman, la construcción de soberbios mausoleos, podrán perfectamente servir de cierta satisfacción y contento a los que viven; pero ningún provecho, ni alivio sacarán los que han muerto.

Y al contrario, lo que consuela, lo que sin duda alguna alivia las penas de las almas del Purgatorio, son las oraciones, los sufragios, las Misas, las limosnas.»

Fr. Zenón de Arenys de Mar. o. m. c.

PARA LOS NIÑOS Y NIÑAS

Producción y comercio

Al hortelano que le suministró hortalizas de las que había cultivado dió-le un sastré, como prueba de gratitud, una medalla que acababa de regalarle un reconocido caballero para quien hizo un pantalón. A su vez el hortelano va a casa del zapatero y dícele: Yo he sido útil a un hombre dándole hortalizas que cultivé, esta medallita lo atestigüa; cázame estos pies que llevo desnudos y te daré mi medalla, con la cual justificarás ante los hombres que pueden prestarte servicio en lo que necesites, como me lo prestas a mí. Esta medallita es la moneda. FE.

¿Quién de vosotros, queridos niños, no ha leído u oído algo de la famosa

historia de Robinsón, aquel naufrago simpático, arrojado por la tempestad a las playas de una isla desierta? ¡Pobre Robinsón! ¿Cómo va a componerse para vivir allí solo, abandonado, sin recursos, sin víveres, sin otros hombres que le ayuden, expuesto a los rigores del hambre, de la intemperie y a la voracidad de las fieras que tal vez le acechan en la vecindad?

Como la necesidad aguza el ingenio, el naufrago solitario tuvo que amañarse para buscar frutas con que acallar el hambre, un arroyuelo en que apa-

gar la sed y algún refugio para entregarse al descanso guareciéndose de la inclemencia del cielo y de las alimañas que quizás le atisbaban para sorprenderle. El tuvo que ir reconociendo el terreno con todas las precauciones, hubo de ingenjarse para poder cazar y pescar, para encender lumbre con que cocer sus alimentos y para arreglarse una vivienda que fuese su centro de operaciones, su fortaleza y su almacén.

2) El angustioso estado solitario de Robinsón os hará comprender las ventajas del estado social en el cual hemos tenido la dicha de nacer y en el que tenemos la fortuna de vivir. Los afectos de nuestro corazón nos ligan dulcemente desde la tierna infancia a la pequeña sociedad de la familia, y las exigencias del sentimiento y de las facultades cognoscitivas y morales, junto con el precioso don de la palabra, son los lazos que nos unen con nuestros semejantes, primero en el hogar doméstico, luego en la ciudad y después en el mundo.

Además de los espontáneos requerimientos de nuestra naturaleza para la vida social, ésta es indispensable para nuestra comodidad, conveniencia y bienestar. El hombre aislado habría de apurarse constantemente para sostener su mísera existencia, ejerciendo de albañil, carpintero, agricultor, soldado, etc., puesto que él solo tendría que subvenir a todas sus necesidades; viviendo en sociedad, cada persona escoge, en conformidad con sus aptitudes, el oficio o profesión a que le llaman su vocación o sus conveniencias, por cuya razón cada uno puede hacer con mayor gusto y perfección la labor a que exclusivamente se consagró desde su primera juventud bajo la dirección de maestros experimentados en aquella especialidad, adsin preocuparse de tareas de otras índoles, a las cuales se dedicarán a su vez otros hombres a tenor de sus diversas habilidades. Así el carpintero logrará trabajar con primor la madera, el albañil construirá con arte las casas, el labrador cultivará con pericia la tierra, y todos perfeccionarán su obra con la enseñanza de sus maestros que en el aprendizaje heredaron la experiencia de los antepasados, y en el ejercicio de su profesión la han enriquecido con sus progresos y los de sus coetáneos.

3) Establecida para conveniencia mutua la diversidad de oficios y carreras, el militar cuidará de estudiar

el arte de la guerra para defensa de la patria; el magistrado, bien imbuído en jurisprudencia, protegerá al ciudadano contra la injusticia; el maestro se consagrará a la educación e instrucción de la juventud, y cada cual, ejerciendo las funciones propias de su cargo, prestará su tributo al bien social. Dicho se está que si el zapatero no se dedica más que a hacer zapatos, necesitará que el panadero le provea de pan, el hortelano de verduras, y esto da lugar a la permuta de productos o confecciones entre los miembros sociales, dando cada uno a la colectividad su labor propia y recibiendo en compensación la labor ajena.

4) Esta fué, indudablemente, la primitiva fase del comercio entre los hombres: el pastor daba su cordero al agricultor a cambio de cereales que de éste recibía; el carpintero y el albañil se servirían mutuamente a tornajornal. La historia antigua refiere que los mercaderes fenicios, al abordar a una playa para hacer comercio, encendían una grande hoguera, que con las llamas y el humo avisaba a los habitantes del país para que examinasen los objetos expuestos en sitio cercano; y que éstos acudían al reclamo llevando consigo los efectos que querían permutar con los que les gustasen entre los expuestos, colocándolos junto al objeto apetecido, y alejándose después para dar tiempo a que los fenicios, retirados en su nave, saltasen nuevamente a tierra para examinar si les convenía el cambio, en cuyo caso llevaban a su bajel el producto ofrecido, dejando el expuesto, o por el contrario, devolvían al barco el expuesto, dado que no les satisficiese la oferta, que dejaban intacta. Medio siglo atrás todavía estaba en boga, entre nuestros padres, la permuta de las visitas del médico y de las recetas del boticario por determinada cantidad de trigo que en la época de la cosecha les entregaba el labrador en pago de los servicios que le habían prestado durante el año.

Saltan a la vista las dificultades que debían presentarse para la exacta equivalencia de unos productos con otros, de estos por aquellos servicios o de servicios con productos, faltando una unidad de comparación que fuese medida común de todos los valores.

5) Esta unidad de comparación, esta medida común, es la moneda, que, según los chinos, fué inventada en el celeste imperio en tiempo de Hoang-Ti,

veintiséis siglos antes de la era cristiana; si creemos a Herodoto, fué usada por los Lidios; al decir de Plinio, por los atenienses, trece siglos antes de Jesús; y conforme fehacientes datos históricos, por los romanos, que al principio la hicieron de madera y de cuero, más tarde la acuñaron de cobre, poco antes de la primera guerra púnica de plata y finalmente de oro.

6) El intercambio de productos y de servicios limitaba extraordinariamente el comercio y lo dificultaba, ya que cada cual había de cerrar su trato con la persona a quien precisamente le conviniera una permuta: la moneda con su valor universal y fijo facilita las transacciones mercantiles entre todos los hombres de todos los países. Quien antiguamente trataba de cambiar un buey por un borrico, tenía que andar indagando a quién le sobraba un borrico y le hacía falta un buey para que se aviniese al cambio, y además había la dificultad de la equivalencia en el valor:

REINO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Bajo su techo, entre sus paredes, la casa aloja un pequeño reino bien constituido por la Divina Sabiduría. Fundado por el amor del hombre y de la mujer, enriquecido por el trabajo del primero, por la ternura de la segunda, del concurso de los dos, el pequeño reino tiene su jerarquía, su pueblo, su régimen, su historia.

El pequeño reino tiene su rey. El hombre ha sido puesto por Dios como jefe de su casa: él es señor. Siempre las leyes religiosas y civiles lo han reconocido como tal.

Dios le dió, al crearle, cualidades necesarias a su grado, para que pudiese gobernarlo según el plan de su adorable providencia.

El tiene la fuerza de la inteligencia, de la voluntad, del cuerpo que necesita para dominarse, regirse y trabajar.

Cristo, con su gracia santificante, perfecciona su fuerza natural, le ilumina, le ayuda.

Entonces nosotros vemos lo que es un jefe de casa, cristiano, prudente en sus palabras y en sus actos, fuerte en las adversidades y contra las debilidades de su naturaleza, doblado por el sacrificio de su trabajo cotidiano, de la religión profundamente conocida, sinceramente practicada.

Nosotros le vemos óptimo educador de sus hijos, guía segura de su mujer; con la autoridad que Dios le dió per-

actualmente, quien da el buey al comprador, recibe su precio en moneda, que viene a ser el documento social, la medalla que acredita que el que la recibió ha prestado a la humanidad en la persona de un individuo cualquiera un servicio de la importancia que marca el valor de la moneda, y este documento le confiere el derecho de recibir de cualquiera otro miembro de la familia humana un servicio de análoga valía. Reducido a moneda el trabajo del médico que asiste a un enfermo en Barcelona, le da derecho para alojarse y comer en una fonda de París, como da derecho al cerrajero que me construyó una llave a que un industrial japonés le envíe un abanico.

7) La moneda, o sea el dinero, regula y universaliza los trabajos y los productos fijando su valor ante la humanidad en proporción directa de la estima en que los tenga la necesidad o el gusto e inversa de la abundancia con que se ofrezcan.

sigue el bien espiritual y material de todos.

Si es así su casa, es cristiana, honra la Iglesia y la Patria, y así sus hijos continuarán la gran tradición.

La reina de la casa

El pequeño reino tiene también su reina. La mujer ha sido puesta por Dios cerca del hombre para ayudarlo y completarlo. Por lo tanto, es por eso que a la fuerza varonil corresponde en ella una exquisita dulzura de corazón, una gracia encantadora, con la cual penetra en las almas, influyendo y conquistándolas.

También su dulzura de corazón tiene necesidad de ser perfeccionada, iluminada por la gracia santificante de Cristo.

Entonces tenemos la mujer de casa cristiana, unida a Dios por una sólida instrucción religiosa, por una seria vida de piedad.

Esposa, ella cumple con pureza y fidelidad sus deberes; es paciente, generosa en la vida común.

Preocupada de la elevación religiosa y moral del marido, para obtenerla se sacrifica, se perfecciona, se santifica.

Escoge con prudencia su servidumbre, los retribuye con equidad, los hace trabajar con caridad.

Los vigila atentamente y con firmeza los guía. Especialmente en lo que se refiere a la religión y a la moral.

Si quieres feliz vida, si inocente
La que es reflejo del candor primero,
Búscala en el aprisco, en el otero;
No en la ciudad confusa e imprudente.

No insaciable del oro sed ardiente,
No infiel aura del vulgo lisonjero,
No envidia ni favor precedero
Sigue a la selva a quien huyó la gente.

Ni el cetro teme, ni el imperio anhela,
Honor, riqueza ni temor le para,
Ni otro bastardo afecto le desvela.

¡Quién los dorados lechos ignorara,
Su estruendo, sus engaños, su cautela
Y en ti descanso, oh Soledad, hallara!

JOAQUIN ALONSO DE ZUÑIGA

Pues conocéis, Señor, a mi enemigo,
Sus grandes fuerzas, las pequeñas mías,
Y veis, que ya de mis cansados días
Se acerca el fin que el tiempo trae consigo.

Dél y de él libradme, que lo digo,
Forzado de mi engaño y sus porfías;
Muera mi fuego entre cenizas frías,
Y viva la razón de paz conmigo.

No permitáis que venza el que vencistes,
Ni se pierda en mí la imagen vuestra,
Si no por lo que soy, por lo que os cuesto.

Vos sois el mismo que por mí moristes;
Era la misma vencedora diestra;
Venid, Señor, venid, libradme presto.

JOSE DE MESA

Lo que dice un protestante acerca de la Confesión

En un periódico protestante que se intitula «El Mensajero Bíblico», tuve la curiosidad de ver un articulito referente a la Confesión Sacramental, cuyo autor parece ser hombre instruido en literatura, pero ignorante en materia de religión.

Todo el articulito va directamente contra el tercero de nuestros Santos Sacramentos, que por cierto es el blanco de los ataques de todos los protestantes, ya que ellos lo rechazan por ser un hombre el confesor a quien deben acusarse los pecados.

El autor que se dice llamar Palomeque, sostiene con palabras poco comedidas que la Confesión Sacramental es por todos conceptos detestable, porque el sigilo sacramental, según su parecer, no puede ser siempre guardado por los sacerdotes. Esto lo dice simulando apoyarse en Santo Tomás de Aquino, a quien interpreta a su manera. Así, pues, este señor, cojea y se entretiene nada más que en sus hablillas indignas de crédito, a quien mejor se puede aplicar este famoso dicho: «Si no tienes que hablar, calla».

Por supuesto que el protestante Palomeque ha sido víctima de su absurda interpretación que no deja de hacer mal a los incautos. Nada importa que esto se lo aplicara a sí mismo, nadando en lo seco y sin meterse a lo profundo, porque se ahogaría como el aprendiz en natación. No, dice, «no seré yo quien ponga mis secretos en manos que, sea por incapacidad de memoria,

por simple confusión de tiempo o por mala fe, pueden divulgarlos»... Como dije antes, si él aplica estas palabras para su capote desde luego que le asentarían divinamente, ya que se obstina en sus creencias erróneas.

Falso en su totalidad es también lo que dice en cuanto a la inmoralidad de la Confesión; porque ¿qué sacerdote será capaz de avergonzar a una jovencita en el confesonario?

Hasta ahora no se ha sabido que haya ocurrido alguna vez semejante caso.

Por consiguiente, el señor Palomeque habla porque tiene boca y nada más.

Para finalizar, el mencionado señor dice que no ha sido suya la culpa si tuvo que tocar un punto escabrosísimo, del que no quiso sacar todas las consecuencias por respeto al pudor y a la dignidad. Yo creo que su cabeza fué la que ya no le ayudó más en la producción de sus desvaríos.

Por conclusión, nuestra Santa Madre Iglesia fundada por el mismo Cristo en la roca inmovible de San Pedro, primer Papa, y sus sucesores, perdurará para siempre, por más recios que sean los ataques y hostilidades de los protestantes, porque sus cimientos son sólidos, estables, duraderos.

GUSTAVO MARADIAGA

Imprenta EL HERALDO, Cartago.